

EL SARAMPION DE LOS MOSQUITOS

Fue acercándose a la librería y según acortaba distancias sentía que sus piernas iban perdiendo fuerzas, tenía miedo que no pudieran aguantarlo.

Apenas levanto la mirada al entrar en la tienda, se dirigió hacia los libros mientras trataba de calmarse ayudado por el olor a papel y tinta que perfuma cualquier negocio de libros que lo ayudaba a anestesiarse, notó la mirada del dependiente siguiéndole entre los recovecos de estantes repletos de libros.

Paró en uno de los estantes, agarró, sin apenas mirarlo, uno de sus libros y como quien no mira, con el rabillo del ojo observó si los demás clientes pudieran estar tan cerca para ver lo que pensaba llevar a cabo, con un gesto rápido llevo sus manos bajo la camisa, saco un libro que al dejar en el estante perdió su protagonismo entre tanto siamés.

Las manos temblaban y el corazón iba a salir saltando por los pasillos tratando de escapar, se mantuvo como pudo y dio dos pasos laterales, volvió a meter las manos bajo la camisa y sacó otro libro, lo dejó en el estante, volvió a asegurarse que nadie lo observaba, dio dos pasos laterales mas y apareció en sus manos otro libro sacado del escondite que cubría su camisa, lo colocó entre otros, a estas alturas ya notaba alguna gota de sudor, imparable por la ansiedad.



Fue directo a la salida con paso lento, mirando los estantes como tratando de demostrar que le interesaban los libros y que el dependiente no existía.

Al poner un pie en la calle tuvo que retener sus ganas de salir corriendo, se mantuvo caminando para no levantar sospechas, cada paso que lo alejaba ayudaba a tranquilizarse y fue dándose cuenta lo que lucía el sol, la

brisa que le ayudaba a secar el sudor y la claridad que todo lo hacia resplandecer.

Llegó a su portal, con gesto cansado, metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves, eligió la mas gastada, abrió, subió la escalera y vuelta a elegir, esta vez la mas nueva, abrió la puerta de su piso, apenas le dio tiempo de sacar la llave y ya estaba yendo a lo que el llamaba la habitación de los libros, en la pared un cuadrante recogía sus anotaciones: "25 de Abril, Librería Sobrentia, tres ejemplares".

Se sentó frente a la ventana viendo el pasar del tiempo mientras la gente desfilaba callada *"Esta tarde tengo que ir a la librería a comprobar si los libros se han vendido..."*, los dejó hacia siete días y ya podían tener dueño.

Dieron las cinco, media hora de autobús y estaría frente a la Librería Madaraga, ir en autobús le ayudaba a pensar *"El dependiente cualquier día caerá en la cuenta que nunca compro libros, hoy tengo que comprar uno, mejor que sea mío, si queda alguno por vender"*, estaba dispuesto a comprar uno de los libros que el mismo había dejado siete días antes, eso si no se habían vendido todos....



Entró en la librería: *"Buenas tardes"*, el dependiente le devolvió el saludo sin mirar. Se dirigió hacia los estantes donde siete días antes había dejado cuatro libros, fueron pasando por sus ojos títulos y más títulos, a punto de rendirse y tener la certeza que todos estaban vendidos apareció el titulo esperado: *"El sarampión de los mosquitos"*, sin dudarlo lo llevó al mostrador, el dependiente pasó por el escáner el código de barras ;20 Euros!, y se dispuso a envolverlo mientras dividía el tiempo entre empezar a envolver y ver aparecer el dinero, le pagó y salió con el paquete pensando: *"He vendido tres, no estaba mal, siete días tres, bueno, si incluyo este he vendido cuatro, jajajajaajajajaj"*

Estaba contento, volvería a la librería en dos días y dejaría tres libros más.

Necesitaba un café, busco un bar cercano, la mesa más retirada, disfrutar del éxito del día era solo compartible consigo mismo, y haber vendido tres libros bien merecía celebrarlo.

Ya era tarde cuando llegó a casa, volvían a repetirse los mismos gestos al encender la luz, abrir el frigorífico, picotear cualquier cosa y encaminarse a la habitación de los libros.

No era amplia, parecía un puzzle a mitad montar, la mesa con el ordenador, la impresora, la caja de folios en el suelo, la luz amarilla que lo envejecía todo y la silla.

Imprimió los primeros 70 folios, los dispuso para imprimir por la otra cara, los doblo de cuatro en cuatro haciendo cuadernillos, imprimió las fundas del futuro libro y se puso a encolar los cuadernillos, les puso las cubiertas y sobre ellas la funda que las cubría, donde se podía leer "El sarampión de los mosquitos", así siguió hasta completar dos libros, por fin a las cinco de la madrugada tenía los tres libros preparados, abrió la ventana para que el aire fresco ayudara a secarlos y se acostó.

Pensar con la luz apagada le ayudaba a dormirse, repasaba cuando después de presentar en varias editoriales su libro en todas se lo rechazaron, convencido que había escrito su



mejor obra no estaba dispuesto a que envejeciera perdida en alguno de sus cajones y terminara perdiéndose.

Convencido que su libro no saldría a la luz pensó que si ninguna editorial estaba dispuesta a distribuirlo lo haría él. Solo tenía que imprimirlo, copiar el código de barras de algún libro y cuando el librero lo pasara por el escáner, el

sistema cobraría el precio del otro libro, aunque realmente el libro vendido sería otro.

En la soledad de su habitación una leve sonrisa, invisible en la oscuridad que lo envolvía todo, descubría la satisfacción de haberlo conseguido.

Cuento empezado el 4 de julio
y acabado el 5 de Julio 2011
VBZ